

Aldeas perdidas

Por senderos de herradura

Mi devoción por Giovanni Verga, narrador del verismo decimonónico italiano, me ha llevado a su compatriota, creo que inédita en español, Paola Drigo, y en concreto a su novela tardía, publicada en 1936, dos años antes de su muerte, 'María Zef' (Periférica). E indudablemente estamos ante una obra de madurez, con un arranque conmovedor, hermosísimo en su dureza: una penosa caravana de cacharros ambulantes, formada por dos mujeres, una de ellas, en realidad la hija adolescente, abnegada, cantarina y «montaraz», tirando, más bien arrastrando («atada a las varas con una correa que le pasaba por debajo de las axilas») una carreta, con su hermanilla dentro, y un perro cobardica, atraviesa lentamente el Friuli.

A partir de ahí, el argumento, que deriva en un bronco naturalismo muy de la época, determinante en el desenlace, se desarrolla en cuatro partes lineales, a la antigua usanza. Destacan la viveza y plasticidad de escenas como la del parto de una vaca en una taina alumbrada por «una simple lámpara de aceite vacilante y humosa colgada de un gancho en una viga» o la de la anciana curandera, clarividente, sentada a la lumbrera en su choza junto a un «inocente» o la de la nieve cayendo y cayendo bajo un silencio sobrenatural. Y la morosidad descriptiva de algunos pasajes, particularmente los de costumbrismo campesino y los que se ocupan de la soledad absoluta de los pueblos, más bien caseríos, dispersos por la montaña, de la desolación de un paisaje que se presenta aborrecido, un poco al modo romántico.

Este ámbito marca, junto al vicio alcohólico, la brutalidad, la masculinidad violen-

ta e inhumana del tío pelirrojo, bracero emigrante, leñador, matarife y carbonero, que convive en una misérrima cabaña perdida en el monte con las mujeres indefensas, que representan la fatalidad campestre y la postración femenina, personajes de una pieza, muy bien trabajados desde la dignidad y la compasión: la madre, que aguanta muy enferma la dureza del camino hasta que en «una aldea de llanura» ya no puede más; la pobre niña; su hermana adolescente que da título al libro, heroína de novela clásica, una criatura privilegiada, todo cualidades: incansable, de «naturalidad jovial y confiada», que asume la protección de su hermana hasta las últimas consecuencias y jamás se entrega ni desfallece ante la adversidad, siempre dispuesta a superar las durísimas pruebas que le depara la vida.

Como las mujeres de 'Ma-

ria Zef', Zelinda, la protagonista de 'Casa ajena' (Minúscula), nouvelle póstuma publicada el año de su muerte, 1952, de Silvio d'Arzo, uno de los seudónimos del prematuramente fallecido Ezio Comparoni, es un ser de desgracia, ofendida y humillada, de vida inhumana, pasa los días igual de solitaria en el monte, entre sus penalidades, restregando ropa ajena o limpiando tripas en un canal. El drama se desarrolla también en una aldea perdida, pero de los Apeninos, adonde para llegar, sin tren ni coche de línea que valgan, «hacen falta tres horas a lomos de mulo», por caminos de herradura. «Siete casas pegadas unas a otras y para de contar», resume el cura sobre el que recae el peso de la historia a partir del 'tété a tété' con la pobre lavandera, que le pregunta, en apariencia inocentemente, sobre la salvedad de las anulaciones matrimoniales eclesíásticas. Han pasado casi dos décadas, el fascismo y la guerra mundial, pero la miseria ambiental es idéntica y el aislamiento convierte del mismo modo a los lugareños en personas hurañas, recelosas y de pocas palabras.

El epílogo, cuyo título no puede ser más acertado: 'El desahucio de la palabra (o vergüenza y silencio)' del traductor de lujo de 'Casa ajena', J. Á. González Sainz, es tan pertinente como esclarecedor y principia con un juicio tajante, que viniendo de quien conoce tan a fondo la literatura trasalpina, no debe caer en saco roto: «Tengo la convicción de no haber leído una novela breve en italiano de mayor envergadura literaria». Y luego, en virtud de su «honra y difícil humanidad y perfecta factura», la califica de «perla olvidada».

Ciertamente la novela, tan desoladora como certera,

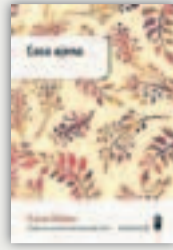
UN ÁNGULO
ME BASTA

FERMÍN HERRERO

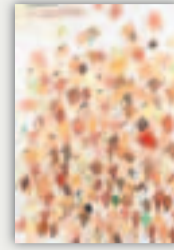




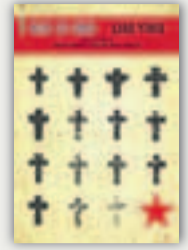
MARIA ZEF
Paola Drigo, *Periférica*,
232 pp., 18 €.



CASA AJENA
Silvio D'Arzo, *Minúscula*,
128 pp., 12 €.



LA MAESTRA
Clarice Tartufari, *Ardicia*,
100 pp., 14,50 €.



DIOS ES ROJO
Liao Yiwu, *'Sexto Piso*,
256 pp., 23 €.

Un autobús avanza por la carretera que llega al monasterio budista de Reting, a 4.100 metros de altura y a 160 kilómetros al noreste de la capital tibetana, Lhasa. :: PETER PARKS-AFP

apunta a los hondones del hombre y, en cuanto a la forma, tiene un dejo espléndido de oralidad campesina, que se manifiesta ya en la elección de la primera persona del plural desde el inicio por parte del sacerdote narrador, buen conocedor de los atajos de la sierra y de la mentalidad de sus parroquianos. A ello se une una especie de inmediatez pirandelliana, con regusto a verdad y una contención poco común, que cuanto más elusiva se muestra –puesto que hurta al lector los elementos esenciales de la trama: la vida anterior de los personajes, sus intenciones, una carta decisiva...– más da que pensar.

De la estirpe de D'Arzo, en cuanto a su invisibilidad dentro de la literatura italiana, y perteneciente a la corriente del verismo, que citaba al principio, es la figura de Clarice Tartufari. En sus palabras liminares, bajo el expresivo título 'Mujer que sabe latín, mal fin', la reputada traductora y poeta M^a Ángeles Cabré emparenta su novela 'La maestra' (Ardicia) con 'La ruina', del neorrealista Beppe Fenoglio, que no conozco. A mí me ha recordado mucho a 'La maestra Annuzza' de Elvira Manescu, a la que nos acercamos hace poco en estas páginas.

El villorrio al que llega la protagonista, entonces maestra novata, hija única de planchadora y cartero, con el traqueteo de un carromato es tan canijo que «nunca hubiera imaginado que ese mísero grupo de casas pudiera ostentar el nombre de pueblo». No menos misérrima es la escuela, son los aldeanos, entregados al físgoneo insolente, entre enfrentamientos, chismorreos, enemistades inveteradas y mezquindades varias. La delicadeza de la joven, otro ser de desgracia cuyo intento de superar la pobreza y el desamparo familiares amena-

za con romperle para siempre el corazón, se quiebra por completo en medio de la bruticie imperante y de la guerra entre las fuerzas vivas: el poder municipal y el eclesiástico. Es una visión durísima, me temo que atinada, de la vida en los lugares pequeños.

Acaba con todo el vecindario en su contra, hasta la chavalería a su cargo le pierde el respeto, a tal punto que su estancia pueblerina se vuelve insostenible y no se le van de la cabeza los versos de Leopardi que rezan: «Aquí paso los años, solo, oculto,/sin amor y sin vida, ¡y a la fuerza/me torno hurraño entre malvados!». A partir de esta desafección la maestra abandona la docencia, se precipitan los acontecimientos, más bien desgracias e infortunios, a los que trata de vencer con todas sus fuerzas, pese a alguna flaqueza, ya en la ciudad. Es una novela ceñida y amena, a la que tal vez le perjudique el excipiente romántico, por otra parte inevitable en aquel momento.

En lugares igual de recónditos, pero del Lejano Oriente, transcurren dos terceras partes –la final se centra en Pekín y Chengdu-, de 'Dios es rojo' de Liao Yiwu, que vive en Alemania, «el escritor contemporáneo más censurado» en China, que ya es decir, según el prologuista, su traductor al inglés Wenguan Huang, cuya narración 'El pequeño guardia rojo' (Libros del Asteroide) comentamos aquí en su día, lo mismo que 'El paseante de cadáveres', retrato de la China profunda, y 'Por una canción, cien canciones', escalofriante testimonio de su estancia carcelaria, ambas de Liao y como esta última editadas por Sexto Piso.

Ahora se acerca a un tema muy silenciado y casi desconocido: la pervivencia, pese a los apaleados, encarcelados

De la estirpe de D'Arzo en cuanto a visibilidad es la figura de Clarice Tartufari

Entre el campesinado secular de China se mantiene viva a pesar de las represiones la llama de la fe religiosa

o ejecutados bajo la presidencia de Mao Tse Tung, incluso celebrando misas en las cuevas de las montañas durante los embates de la Revolución Cultural, las hambrunas o El Gran Salto Adelante, y posterior resurgimiento del cristianismo en el gigante asiático, en medio del consumismo desatado, la corrupción y la codicia rampantes. Su investigación, estremecedora en extremo, basada sobre todo en entrevistas, comienza en pequeñas aldeas, muy pobres, remotas e incomunicadas, de la región de Dali, en la provincia de Yunnan, acompañado de un heroico médico, que ha abandonado su acomodada vida urbana para difundir la doctrina de Cristo, por senderos embarrados, casi intransitables, «rojos, porque durante muchos años se han empapado de sangre». Entre el campesinado secular se mantiene viva, a pesar de represiones y persecuciones, la llama de la fe religiosa, junto a la hospitalidad, la honradez y la sinceridad.

Aún llevo en mi cabeza a María Zef restregando las sábanas sobre las losas del riachuelo, curando el heno de un alpe, meneando la polenta o con la cara pegada a la tierra, entre dos tocones del bosque de las lechuzas, consolándose del abuso masculino; a los habitantes de Montelice o Braino, de 'La casa ajena', trenzando mimbres, cocinando castañas, comiendo pan con aceite y berros o con los candiles por las cuadras; a la anciana monja Zhang despotricando como el rey Lear mientras labra el campo, entona melodías operísticas o amasa la harina para hacer 'jaozis', o a la expoeta vanguardista formada en las élites del Partido paseada por las calles con orejas de burro. También me acompañarán un tiempo, tal vez para siempre.